

REDES SOCIALES E INSERCIÓN SOCIAL: EL INTERÉS DE UN ENFOQUE RELACIONAL PARA LA INVESTIGACIÓN EN TRABAJO SOCIAL

MARTÍN GOYETTE¹

École de service social, Université Laval (Canadá)

martin.goyette@umontreal.ca

Artículo de revisión

Recibido: 23 de mayo de 2005

Aceptado: septiembre 21 de 2005

(Traducción del manuscrito en francés por Claudia Mosquera y Scarlet Proaño)

Resumen

El presente artículo trata sobre cómo la integración de las personas y de los grupos sociales a la sociedad, especialmente de poblaciones vulnerables, ha sido siempre objeto central del servicio social en Quebec. Desde mediados de los años setenta, la inserción, junto a su misión de adaptación y control social, ha captado mucho más la atención del trabajo social luego de importantes cambios sociales (Goyette, 2004). Así, poblaciones que no acostumbraban a recurrir a programas de servicio social ni al Estado, —mujeres y personas en general, pero sobre todo los jóvenes— van desde entonces a ocupar el centro de interés del servicio social y de las políticas públicas. Frente a esto, el servicio social llevará su preocupación al tema de la inserción de la juventud, en la medida en que el aumento de figuras de exclusión refuerza la necesidad de favorecer los valores de solidaridad, justicia social, respeto y autonomía, bandera de esta disciplina tanto en su ética como en su práctica.

Palabras clave: Inserción social, servicio social, redes sociales, políticas públicas, juventud.

Abstract

The present article is about how the integration of people and social groups into society, especially vulnerable populations, has always been central objective of social services in Quebec. Since the mid-seventies, insertion, alongside its mission of adaptation and social control, has captured much more attention of social work due to important social changes (Goyette, 2004). Hence, populations that were not used to resort to social services programs—women and people in general, especially young people—occupy since then the interest of social services and public policies. Faced with this, social services focuses its attention on the subject of youth insertion, as the increase of figures of exclusion reinforces the necessity of favoring values of solidarity, social justice, respect and autonomy, principal preoccupations of this discipline, in its ethics as well as its practice.

Key Words: Social insertion, social services, social networks, public policies, youth.

¹ Candidato a Doctorado.



SIN TÍTULO, 2004
Fotografía de Julian David Sánchez

La inserción, una problemática

La inserción de los jóvenes

El concepto de inserción es relativamente reciente en la tradición científica. Apareció en Francia y luego en Québec en los años sesenta y setenta, en un comienzo para designar el proceso de adecuación entre los jóvenes bachilleres y el mercado laboral (Jaminon, 2001). Más adelante, en los setenta, en un contexto de crecimiento del desempleo, la inserción significó la «regulación funcional» de los jóvenes y los «inútiles del mundo» (Castel, 1995, Jaminon, 2001). Dentro de la evolución del mercado laboral y el cambio en la entrada de los jóvenes a la vida adulta, la inserción reemplaza a la integración (Molgat, 1999). El concepto de inserción toca asimismo otras esferas puesto que desde finales de los ochenta la inserción social es considerada previa a la inserción profesional (Nicole-Drancourt y Roulleau-Berger, 1995 *et al.*, 1999).

Más allá de la cuestión del trabajo y del empleo, es necesario considerar la inserción de manera multidimensional, interesándose en lo relacional, lo político y lo simbólico (de Gaulejac y Taboada-Léonetti, 1994, René *et al.*, 2001). Esto significa, interesarse en la inserción laboral, pero también en otras vías de integración, que son más esferas de la vida (familia, pareja, domicilio, diversión, relación de pares, etc) (Bidart, 2002, Coles, 1995, Galland, 1991, Gauthier, 1994). Más aún, teniendo en cuenta las críticas a los programas simples de empleabilidad, es necesario interesarse en las nuevas oportunidades de adaptación entre los jóvenes y la sociedad (Goyette *et al.*, 2004). Esta forma de considerar la inserción marca una transformación en la perspectiva del análisis. En una perspectiva funcionalista, son los individuos «en este caso los jóvenes o sus padres, quienes deberían tener la responsabilidad de la no integración [...], esa corriente de intervención que no busca estimular la capacidad de integración de las estructuras sociales» (Molgat, 1999:82). La perspectiva constructivista, por su parte, considera la realidad como una situación construida por los individuos y la sociedad. En este contexto se trata, en teoría, de considerar la inserción como un proceso y ya no como un estado determinado por las pertenencias, características y posiciones sociales, pero sí como una construcción social que permita definir lo que significa estar excluido o estar incluido. Al respecto, los desvíos de la noción de exclusión, la cual se ha vuelto una noción «paraguas», donde cabe todo, son ejemplos de una construcción social invasora de la exclusión (Châtel y Soulet, 2001). Considerar la inserción como un proceso interpela la reflexión de los individuos frente a las normas. Partiendo de recursos objetivados compuestos de objetos, reglas e instituciones, los individuos se apropian de esos recursos, los cuales delimitan la acción entre las oportunidades y los obstáculos. Las realidades sociales de los individuos también

forman parte de «mundos subjetivos e interiorizados, constituidos especialmente por formas de sensibilidad, percepciones, representaciones y conocimientos» (Corcuff, 1995 en Jaminon, 2001).

Decididamente subjetivista, la perspectiva constructivista nos parece que se adapta mejor que las teorías funcionalistas para entender la realidad compleja y dinámica de la inserción socio-profesional y de la transición a la vida adulta. Dentro del trabajo del servicio social, interesado en el margen de maniobra de los actores en posición de fragilidad social, esta comprensión es importante si se trata de favorecer el *empoderamiento*. Hay que decir, que a este nivel, nosotros vemos la inserción como un proceso que da cuenta de las diversas transiciones que tienen que vivir los jóvenes en su paso a la vida adulta.

Estado de conocimientos en el campo de la inserción socio-profesional de los jóvenes

El análisis de lo que se conoce sobre el fenómeno de la inserción social y profesional pone en evidencia, primero, los trabajos que consideran la inserción bajo un ángulo más estructural (cambios sociales: transformaciones de la familia, reestructuración de los Estados-providencia, transformaciones del mercado laboral, reducción de la vejez...). Segundo, presentaremos algunos trabajos que ven la inserción como un fenómeno individual (adquisición de competencias no reconocidas, procesos de identidad, etc.) antes de presentar los trabajos que consideran la inserción profesional como un problema de red.

Conocimientos sobre las dificultades de la inserción en el plano estructural

En continuidad a una mirada tradicional de la sociología y del trabajo social acerca de las dificultades de la juventud para insertarse, los trabajos contemporáneos se interesan en el lugar que se le deja al joven en la sociedad y en los obstáculos para la reproducción social. Los trabajos que identifican las causas estructurales de la exclusión son importantes (Autès, 1999, Bernard, 1999, Panet-Raymond *et al.*, 2003, White, 1994). Son muchos los cambios a nivel social que explican las transformaciones contemporáneas del vínculo social, de la relación del individuo con la sociedad, y del surgimiento de nuevas dificultades de inserción, especialmente entre los jóvenes. Las mutaciones societales que se abordan son la reestructuración del Estado-providencia y las transformaciones de la economía, los cuales ocupan el corazón de los problemas de la inserción social de los individuos. En primer lugar, la reestructuración de los Estados-providencia luego del shock petrolero de 1973 (Rosanvallon, 1992) marca el recorte de ingresos y gastos sociales (Boismenu y Noel, 1995). En efecto, la imposibilidad de controlar el gasto social, siempre al alza, y el incremento necesario de las deducciones obligatorias (impuestos y cotizaciones sociales) amenazan, según algunos, (Rosanvallon, 1995), la

competitividad y el dinamismo de la economía. Si esta última crisis financiera fue grave, una segunda, aparecida en los años ochenta, apunta al Estado mismo y su incapacidad de administrar la inmensa maquinaria burocrática que representa la protección social en sus diversas dimensiones (pensión, familia, salud, desempleo, etc) (Join-Lambert, 1994). De este modo, los principios de solidaridad y de redistribución que rigen al Estado-providencia ya no se ven claramente. La explicación que cuestiona al Estado-providencia no puede reducirse a un problema de subfinanciamiento, puesto que también se trata de una crisis de racionalidad de la intervención pública (Castel, 1995) inducida sobre todo por las reivindicaciones de los movimientos sociales que buscan una mayor participación y democratización de los servicios (Comeau, 2000). El trabajo social sufre también de paso, puesto que sus orientaciones profesionales son cuestionadas por una crítica a la inmensa burocratización, tecnocratización y tecnización del trabajo social (Autès, 1999, Groulx, 1993, Lecomte, 2000, Mayer 2002). Una crítica aún de actualidad.

Luego, la globalización de la economía condujo a los países del Norte a crear redes económicas y políticas de libre intercambio. En ese contexto, la economía se escapa cada vez más de las obligaciones de las políticas intrafronterizas (Klein y Lévesque, 1995:10). Es por esto que las redes empresariales tienen los medios para sustraerse de los diversos mecanismos de protección social. Por ejemplo, la comparación de los diferentes costos institucionales (diferentes tasas salariales) se suma ahora al cálculo de costos de producción cuando de elegir las sedes de las redes empresariales se trata. Aunque es claro que la competencia internacional ejerce presión sobre la protección social, especialmente en los países industrializados, está muy lejos sin embargo de que «hipoteque la competitividad» (Boismenu y Noel, 1995). No obstante esta nueva competitividad, las políticas de trabajo se han vuelto globales, trayendo una reducción de la naturaleza salarial en las sociedades de los países del Norte, puesto que resulta menos costoso producir en un país en vía de desarrollo (Assogba 2000). Así, la globalización contribuye a aumentar el desempleo masivo en los países tradicionalmente industrializados gracias al alto costo de la mano de obra. Las economías de esos países se han vuelto tan interpenetradas e interdependientes que las causas de la crisis se encuentran en todos los países (Esping-anderson, 1996). El estado de crisis generalizada se explica especialmente por una globalización de la economía, lo cual lleva a una modificación del asalariado; por una masificación de la población sin empleo y más frecuencia del desempleo, y por un cambio demográfico (Chassard y Venturi, 1995:47).

En este contexto los gobiernos buscan flexibilizar la nueva relación salarial introduciendo una nueva norma. «El derecho al trabajo, la estabilidad del empleo, la garantía del mantenimiento [...] del poder adquisitivo» (Linhart, 1984:1290 citado en Boismenu, 1991) son el foco de este cuestionamiento. Lo que se busca es la flexibilidad y la movilidad de los asalariados. En este sentido, las empresas se

benefician de las medidas que buscan aumentar «la capacidad de los trabajadores para cambiar de puesto de trabajo», debilitar las obligaciones jurídicas de los contratos laborales, y disminuir o congelar los salarios. Es más, estas empresas, en nombre de la restauración de la competencia, piden que su participación en el financiamiento de los gastos colectivos sea menor. «El sector del futuro que el empresariado propone debe combinar flexibilidad, movilidad y reducción de cargas, así como obligaciones institucionales» (Boismenu, 1991:230). Para llegar a similares condiciones, el Estado, principal actor responsable del control de las políticas que garantizan la decomodificación a los trabajadores, modificará sus intervenciones en lo social, especializando y estrechando sus blancos. La intervención del Estado será dirigida por la lógica de la «distribución de la mercancía», incluso si los efectos de esas reestructuraciones deben ser analizadas primero en función de la estructura de protección social de un país (Esping-Anderson, 1990, Morel, 2000).

Esta reestructuración en los setenta conduce al debilitamiento de la propiedad social y de las ayudas vinculadas a la condición salarial. Con el desempleo masivo y la precariedad asistimos entonces a un aumento de la vulnerabilidad, lo que lleva a una vulnerabilidad masiva puesto que se presenta una descolectivización y una re-individualización de las relaciones laborales y de los componentes de la condición salarial, lo que quiere decir, pérdida de apoyos y recursos (Castel, 2003a, 2003b).

Se es individuo por defecto. Si algunos logran salir bien librados zafándose de las «obligaciones colectivas, burócrata- estatales, tal como lo predicen los tenores del capitalismo duro», es porque «disponen de apoyos para jugar ese juego o, como diría Pierre Bourdieu, de capitales, no solamente económicos sino socio-relacionales, culturales y, yo agregaría, derechos sociales y propiedad social. Pero para aquellos que no disponen de recursos, la exigencia de la individualización se traduce en una pérdida del estatuto, un retorno a la vulnerabilidad y, en últimas, en una total ruptura frente a las pertenencias colectivas» (Castel, 2003a:59).

En ese contexto, las mutaciones participan en la crisis de la sociedad asalariada, lo cual alimenta la precariedad social y económica, incluso la exclusión misma, al crear los «inútiles del mundo» (Castel, 1995). El surgimiento de nuevas figuras de pobreza (jóvenes, mujeres, desempleados duraderos) dan cuenta de esas nuevas dinámicas de exclusión que ponen en tela de juicio el vínculo social (Paugam, 1996, Thomas, 1997).

Al haber descolectivización de las relaciones laborales y pérdida de apoyos, se presenta paralelamente una transformación de la familia tradicional (Fortín con la colaboración de Denys Delage, 1987), la cual ya no le brinda la misma ayuda a los jóvenes y a los individuos (Dandurand y Ouellette, 1992). La industrialización ha transformado la vida familiar de manera importante, pero no por ello las relaciones familiares se han disuelto. Las familias que viven en medios urbanos se reagrupan cada vez menos en

una misma vivienda y sólo conviven de una a dos generaciones. Es más, esos lazos familiares persistentes hacen parte de las estrategias de migración a la ciudad y búsqueda de empleo en la industria, pero de manera diversa según el lugar. La industrialización por lo tanto genera una transformación de la vida familiar que se caracteriza por una «merma de los lazos de la familia núcleo, pero no su disolución» (Godoy, 1972 en: Dandurand y Ouellette, 1992:13). El tejido social de los individuos se divide más, ya no es solo la familia la que estructura la red social de individuos, sino otras personas como colegas, vecinos, amigos (Dandurand y Ouellette, 1992, Fortín con la colaboración de Denys Delage, 1987).

En este contexto general de transformación de las ayudas, Castel plantea que (2003a: 60-61) «habría que hacerse la hipótesis de que es necesario volver a afiliar a estos individuos procurándoles apoyos, los clásicos u otros nuevos [...] Esta nueva coyuntura nos pone frente a situaciones inéditas y no tenemos a priori recetas para afrontarlas».²

Calificadas como desafiliación social (Castel, 1994), desinserción (de Gaulejac y Taboada-Léonetti, 1994) o de descalificación social (Paugam, 1991), las situaciones descritas nos siguen remitiendo a una lectura de la pobreza en términos económicos, pero también en términos culturales y sociales. Los cambios sociales (reestructuración del Estado-providencia, la transformación del mercado laboral, la transformación de la familia) han trastornado el paso a la vida adulta de los jóvenes de las sociedades post industriales (Canadá, 1998). Es por esto que hay una proliferación de estudios que describen las dificultades de inserción social y profesional de los jóvenes (Gauthier, 2001, Roulleau-Berger y Gauthier, 2001). En efecto, los jóvenes aparecen como una categoría particularmente vulnerable frente a las repercusiones de la transformación del mercado laboral, en especial porque son los primeros afectados por la falta y la flexibilidad de los empleos (Fournier y Monette, 2000, Gauthier, 1996, Gauthier, 2001).

Ahora bien, cómo se traducen las dificultades de inserción de los jóvenes adultos en Québec y cuáles son sus consecuencias (Comeau, 2000, Le Bossé, 2000, Molgat, 1999). Los estudios sobre la juventud quebequesa dan cuenta de dificultades parecidas a las de los jóvenes en otros países occidentales, revelando sobre todo un aumento de la pobreza entre ellos. Esta pobreza puede leerse de diferentes formas. Si para una parte de estos jóvenes esa pobreza es momentánea y puede explicarse por una prolongación de los estudios universitarios, en comparación a las generaciones anteriores, y por ende la postergación de la entrada en la vida activa, para otros jóvenes, menos escolarizados, las transformaciones del mercado

² Castel (2003a:61) agrega que «probablemente siguiendo y analizando la manera práctica de tratar de enfrentar esos desafíos en el terreno es posible profundizar en el conocimiento teórico de estas preguntas planteadas por el ascenso de la vulnerabilidad».

laboral dificultan su entrada a la vida activa, especialmente porque éstos sufren con más rapidez las nuevas exigencias del mercado laboral (flexibilidad, economía del conocimiento, etc.) (Fournier *et al.*, 2002, Rose, 2000). De este modo, en el mundo occidental, Châtel (2003:7) constata una fractura entre dos «mundos frente a esta nueva exigencia de la flexibilidad y la movilidad: por un lado, aquellos que surfean sobre esta ola de la movilidad, tan arduamente reivindicada por la esfera económica; por el otro, aquellos que son más reacios, no tanto a la inversión en el trabajo, sino a una movilidad geográfica permanente o a una flexibilidad impuesta, convirtiéndolos así en víctimas de esta flexibilidad de cuadros, puesto que la flexibilidad se transforma en precariedad».

Esta precariedad que se vuelve pobreza está ligada, no a una situación momentánea, sino a las exigencias del mercado laboral. Ella se transluce en la tasa de desempleo y en la tasa de ayuda a los jóvenes. Así, mientras que en 1999 los jóvenes entre 15 y 29 años representaban el 26,5% de la población, «para ese mismo grupo se contabilizaba cerca de cuatro desempleados sobre diez (36,3%)» (Blondin *et al.*, 2001:22). Es más, los 15-29 años contaban con el 46% de trabajadores atípicos contra el 33,1% entre los mayores de 30 años (Blondin *et al.*, 2001:23). Estas cifras pueden dar cuenta de la falta de trabajo entre los jóvenes. Por otro lado, en octubre de 2000, el número de jóvenes de 25 años o menos con seguro de ingreso en Québec representaba el 11% de los adultos contribuyentes. Entre ese 11%, más de la tercera parte tenía menos de 21 años. Sin embargo, detrás de esas cifras, lo que importa es leer la existencia de varias juventudes (Gauthier, 2000). En efecto, las tasas de desempleo y de ayuda disminuyen a medida que los jóvenes presentan un grado de escolaridad más elevado. Por ejemplo, en 1998, la tasa de desempleo de los jóvenes entre 15 y 29 años con octavo año o menos es del 23.3%, mientras que la tasa de desempleo de jóvenes con diplomas universitarios es del 5,8% (Estadísticas Canadá en: Instituto de la estadística de Québec, 1999). Al respecto anotemos que, a mayor tasa de escolarización, menos difícil parece ser su situación en el ámbito de la inserción socio-profesional (Trottier, 2000).

De igual forma, las disparidades regionales refuerzan las dificultades de inserción socio-profesional de los jóvenes. Así por ejemplo, en 1998, la región de Gaspésie-Îles-de-la-Madeleine tenía una tasa de desempleo del 31.1% entre jóvenes de 15-29 años, la de Saguenay-Lac-Saint-Jean del 22.1%, mientras que la de Montréal y Montreal mostraban tasas del 12% y 14.6% respectivamente (Estadísticas Canadá en: Instituto de la estadística de Québec, 1999).

La situación de las mujeres jóvenes también parece contrastar con la de los hombres jóvenes. Aunque la tasa de participación de la mujer en el mercado laboral sigue aumentando desde 1999, su ocupación en profesiones tradicionalmente femeninas no deja en cambio de disminuir, con condiciones laborales y de remuneración

muy a menudo inferiores a las de los hombres, incluso en trabajos de medio tiempo (Tessier, 2000). Sin embargo, la tasa de frecuentación escolar de las mujeres jóvenes, más elevada que la de los hombres en cada uno de los niveles de enseñanza desde de la secundaria, podría establecer cierto equilibrio, siempre y cuando las mujeres puedan obtener empleos a los que ellas aspiren, y que el mercado laboral llegue a respetar el sentido que las jóvenes mujeres le dan al trabajo. En efecto, más allá de las diferencias en la entrada al mercado laboral, las mujeres jóvenes aspiran a un modo diferente de relación con el trabajo, en el que la carrera es mucho menos considerada de manera lineal y más como un tipo de espiral, el cual permite conciliar los aspectos personales y familiares de su trayectoria de vida (Spain *et al.*, 2000).

Las diferencias descritas muestran que las dificultades que se presentan en la transición a una vida adulta autónoma no afectan a todos los jóvenes por igual. El problema de la inserción socio profesional parece entonces ser la clave para diferenciar, en función de la escolarización, el género, la región donde se habita, pero también el contexto familiar y social, a la juventud con éxito de la juventud que fracasa cuando caen en la categoría de los «sin empleo» (Assogba, 2000, Gauthier, 2000, Trotter, 2000). A partir de entonces la inserción socio profesional debe ser pensada de manera multidimensional, haciendo que intervengan tanto las características individuales como las estructurales. Es más, si bien la inserción se percibe ahora como un proceso largo y complejo, las diferentes trayectorias se diversifican según tres tipos de variables que no son fáciles de jerarquizar: las características individuales (sexo, edad, nacionalidad, origen social, estatus profesional de los padres, eventos que han marcado la infancia, modelos familiares y proyectos familiares, pertenencia a redes, actitudes y estrategias de inserción); las características de formación académica (especialidad, diploma, trayectoria, orientación); y los factores estructurales (políticas de empresas, contexto socioeconómico local, redes de acceso al empleo, organismos de intervención en inserción para la juventud).

Ante este retrato que presenta la diversidad y complejidad de la situación de los jóvenes, el reto de la intervención es grande. No se pueden esperar respuestas simples y uniformes si se tiene en cuenta la magnitud de los problemas, así como las diferencias entre las situaciones y los contextos en los que los jóvenes evolucionan. Si bien varias investigaciones consideran los fenómenos de la exclusión desde el punto estructural, otros la ven a partir de la mirada al individuo y sus dificultades para la inserción.

Conocimientos sobre las dificultades de inserción en el plano individual

La inserción socio-profesional es un proceso largo y complejo en el que la situación individual de los jóvenes puede ser importante para entender sus dificultades de inserción. Pensar los problemas de la juventud en términos de inserción social y profesional es entrar en una comprensión del debilitamiento o del hundimiento de los lazos sociales, en especial de las relaciones entre los jóvenes y la sociedad (Dubar, 1991, Molgat, 1999, Nicole-Drancourt y Roulleau-Berger, 1995). Al rechazar en el otro su dimensión de Sujeto actuante y pensante, es decir, responsable, principio de la pertenencia al mundo, «es el mismo posible lazo social lo que está en juego». «Ser inútil significa no tener ninguna pertenencia con el mundo» (Arendt, 1972 en: Châtel, 2003:25). Es una cierta individualización de la búsqueda «dolorosa» del lazo con los otros (Paugam, 2000, Procacci, 2003).

Por consecuencia, resulta importante detenerse en la comprensión de las nuevas formas de identidad que tejen los jóvenes, formas de identidad que revelan su margen de maniobra frente a las dificultades que conocen y a las políticas y prácticas de intervención de las que son objeto (Dubar, 1991). De esta forma, el contexto socioeconómico y cultural, así como las dificultades de inserción socio profesional, repercuten en el proceso de identidad y en la salud mental de los jóvenes adultos. En nuestras sociedades contemporáneas, la construcción de la identidad es una tarea mucho más difícil de cumplir (Kokoreff, 1996). Primero, porque con el progreso social en las sociedades occidentales que se dicen democráticas, el aumento a nivel global de carreras de formación lleva a un mayor número de aspiraciones individuales y colectivas hacia una movilidad social ascendente (Paugam, 2000). Segundo, con las migraciones, el desarraigo urbano, la uniformidad de los contenidos culturales, es menos fácil situarse en el tiempo y el espacio (Giddens, 1987). Asimismo, los modelos sociales ligados al sexo, la edad, el nivel social o la profesión (conocimientos obsoletos, carencia de empleo) evolucionan rápidamente (Boulte, 1995). Para muchos jóvenes ya no es posible contar con los modelos sociales para definirse, puesto que sin trabajo no pueden acceder a los roles sociales valorizados ni a los ingresos. No pueden tampoco fundar su identidad en los modelos de consumo (Boulte, 1995). Los individuos son llamados entonces a negociar sin cese su identidad. Para Bajoit (2000:35) «las referencias normativas se perturban, incluso se enredan, cosa que tiene consecuencias en la socialización de las personas y sobre todo de los jóvenes que nacieron en esta coyuntura particular».

El desempleo amenaza con destruir la identidad profesional; la ausencia de perspectivas de empleo en cierta(s) área(s) de la enseñanza impide la construcción de una verdadera identidad como estudiante; el divorcio o la separación a menudo fragiliza la identidad familiar y provoca a veces un aislamiento prolongado; el alejamiento de los niños puede, en ciertos casos, afectar la identidad familiar, etc. (Paugam, 2000:164).

Podemos igualmente plantear la hipótesis de que la difícil mutación de las identidades sociales es tanto más difícil en el contexto de las mutaciones sociales para los jóvenes menos escolarizados y calificados que tienen dificultad para adaptarse «a la evolución de las técnicas y de los sistemas culturales. A las desigualdades objetivas [...] se debe agregar las desigualdades más subjetivas, ligadas éstas al malestar que se siente por la pérdida de referencias de identidad tradicionales» (Paugam, 2000:165). Como ausencia de proyectos futuros, el «vacío social» también puede estar ligado a la marginalización, a la exclusión, incluso a la delincuencia y la criminalidad, al estigma social.

Conocimientos sobre las dificultades de inserción e importancia de las redes

Al interesarse en la inserción de los individuos, y en particular la de los jóvenes, es posible considerar cómo las relaciones sociales contribuyen a ella. Presentaremos aquí algunos trabajos clásicos que muestran cómo la estructura de las redes sociales tienen una influencia en la inserción de los jóvenes.

Interesándose en las diversas formas que las personas utilizan para encontrar empleo, Granovetter (1973) considera que la información sobre empleos disponibles es el foco de la búsqueda, y que algunas relaciones sociales ofrecen información privilegiada en cuanto a los empleos en disponibilidad. La teoría clásica de Granovetter (1973) acerca de la fuerza de los lazos, que en varias ocasiones ha sido retomada y visitada, es ineludible.

Para Granovetter, las relaciones sociales son vías de circulación de la información. En esta perspectiva «entre más diversificada es la red de una persona, más rica es la información que dispone. Entre más grande es la red [...], más posibilidades tiene de ser diversificada. El tamaño de la red es por lo tanto otro indicador de su riqueza potencial. Por otro lado, sabemos que el tamaño de la red de alguien aumenta con el nivel de instrucción de esa persona» (Girard, 2002:59). Podemos clasificar los lazos en fuertes y débiles según la frecuencia de los contactos, la intensidad emocional, la importancia de los servicios prestados y el grado de intimidad de los intercambios (confidencias) (Girard, 2002:60). Según los autores, la fuerza y la debilidad se evalúan de acuerdo a la duración de la relación, de la intensidad emocional de la intimidad y, por último, de los servicios recíprocos que se dan los individuos. Entre más se componga la red de personas con lazos fuertes, más posibilidades tiene esa red de constituir un medio cerrado. Los lazos débiles son aquellos que pueden crear puentes entre esos medios. Quienes obtienen mejores empleos son aquellos que utilizan los lazos débiles (Granovetter, 1973). La hipótesis de Granovetter es que entre más fuerte sea la relación de los individuos, más grande será la posibilidad de que esos individuos conozcan las mismas personas (Girard, 2002:61). Dado que los lazos fuertes crean por lo general zonas de

comunicación cerradas, son los lazos débiles, los puentes (*bridges*) los que unirán los grupos y dejarán pasar la información entre ellos. Para encontrar, por ejemplo, un empleo o una vivienda de calidad se debe recurrir a la red personal de lazos débiles. Los lazos débiles son por lo tanto factores de movilidad social (Granovetter, 1973; Rees, 1966).

Para Degene y Forsé (1994), entre más tenga un individuo capacidad de solicitar ayuda de una persona de nivel social alto, más posibilidades tiene de obtener resultados positivos (Lin, 1995). Para dos personas de nivel social similar, si la una utiliza lazos débiles y la otra lazos fuertes, la que utilizó los lazos débiles tiene mejores posibilidades de éxito. Para un individuo de nivel social alto no hay relación entre la naturaleza del lazo y el resultado obtenido, ya que los lazos fuertes pueden dar resultados tan interesantes como los lazos débiles. Por el contrario, las personas de nivel social desfavorecido, así como los jóvenes, deberían tener mejores resultados si recurren a personas que mantienen lazos más bien débiles y no lazos fuertes (Malenfant *et al.*, 2002). Por otro lado, según el estudio de Simon y Warner (1992), la utilización de lazos débiles para encontrar un empleo aumentan por lo general el salario inicial de las personas, en comparación con los que consiguieron su empleo por las vías tradicionales (periódicos, aplicaciones espontáneas, etc). Más adelante, «estos trabajadores permanecerán en su empleo con la misma empresa por más tiempo» (Girard, 2002:40).

Otra manera de interesarse en las relaciones sociales para la obtención de un empleo es la de comparar si las relaciones sociales tienen mejores logros que el capital humano para la inserción laboral de las personas. Lévesque (2000) consagró su tesis a esta cuestión en personas prestatarias y ex prestatarias de la ayuda social en Québec. Resalta en primer término, que no hay efectos significativos de capital humano al salir de la ayuda social puesto que las personas tienen un perfil (experiencias de trabajo, nivel de formación, etc) similar. Así, para Lévesque (2000) «en la mayoría de los casos, la obtención de empleo se hace a través de un miembro de su red. Los datos también muestran que el valor de los contactos utilizados para la búsqueda de empleo es función de la posición social que ellos ocupan y del tipo de relaciones que mantienen con el que responde. Finalmente, todos los contactos que permitieron la obtención del empleo son conocidos de larga data, lo que muestra que el recurso que él representa estaba disponible mucho antes de ser utilizado».

Considerando que los contactos «fueron durante algún tiempo una fuente potencial que fue utilizada luego de un tiempo relativamente largo» (Levesque, 2000:192) hay que entender que la relación entre las dos personas se ha modificado, saliendo de su condición de «recurso durmiente», tal como Grossetti (2002) lo dice de manera imaginada. Además, hay que subrayar que «el capital social [reticular]

puede intervenir con mayor impacto para favorecer la valoración del capital humano, ya sea directamente a través de la referencia de los empleadores, por ejemplo, ya sea facilitando la integración en el mercado laboral, especialmente por la información» (Lévesque, 2000:166). Es en esta valoración del capital humano que el capital social juega un papel determinante al crear un lazo entre una oferta excluida de procesos de intercambio de capital humano y una demanda de este último recurso. Por otra parte, considerando que la participación en actividades de empleabilidad preparadas por los organismos tiene un efecto negativo sobre la probabilidad «de hacer parte del grupo en inserción, lo cual va en contra de los resultados esperados», Lévesque anota que habría que incluir a los prestatarios en redes sociales no «compuestas de prestatarios y proveedores de servicios que les son destinados a ellos» (Lévesque, 2000:166-168). De esta manera, «los programas de formación y otras pasantías en el medio laboral, diseñados específicamente para la clientela “joven”, no resultan ser medios especialmente estratégicos para hacer circular la información [...] Visto desde el ángulo de los empleadores [...] se prefieren las redes de información informales» (Girard, 2002:46). Las recomendaciones del empleado, principal canal de información, proporciona por lo general a los empleadores el filtro necesario para satisfacer la demanda promedio de trabajadores. De acuerdo con estos resultados, Girard (2002) sugiere que una de las maneras más eficaces de ayudar a los jóvenes que buscan entrar de forma permanente en el mercado laboral sería dándoles información específica sobre el empleo, o de motivar a otras personas para que les brinden ese tipo de información.

Siguiendo la tesis de Lévesque, si bien algunos estudios han sentado la importancia de la red social en el proceso de inserción profesional, dichos conocimientos se han interesado más que todo en mostrar el vínculo entre los diversos elementos de la estructura de la red y los modos de acceso al empleo. Pocos se han interesado en mostrar los vínculos entre la estructura y la movilización efectiva de recursos. Según el mismo Lévesque, (2000:168) habría que interesarse ahora en los aspectos dinámicos del papel de las redes en la inserción en el empleo, a los «modos de constitución, de conservación, de desarrollo y de movilización» de las redes.

Además de la inserción laboral, las redes contribuyen a la inserción social. Los estudios «sobre las redes y la ayuda social demuestran, desde hace ya un tiempo, que la presencia de una red social y el acceso a los recursos de ésta constituyen un factor positivamente determinante en la organización de la existencia de los individuos [y] que la búsqueda de soluciones para algunas problemáticas sociales entre las que el aislamiento de los individuos es considerado como un “factor de riesgo”, pasa por un trabajo de creación de una red social personal susceptible de brindar al individuo un conjunto de recursos diversificados y adaptados» (Charbonneau y Turcotte, 2003:2). La falta de relaciones sociales es por lo tanto una medida objetiva de aislamiento social de una persona, un índice de salud

mental para algunos investigadores. Algunas relaciones sociales contribuyen igualmente a la conservación de la salud física de las personas. La red social es igualmente útil para ofrecer apoyo informativo e instrumental. De hecho, «las redes sociales definen simplemente los sistemas de lazos particulares que unen a las personas», marcan una lectura en término de sociabilidad (Larivière, 1988:39). Asimismo «las redes sociales forman una trama de base de la sociedad y constituyen una vía importante de integración social» (Girard, 2002:92). Para Grossetti (2002) las redes sociales hacen referencia a lo relacional, ese lazo social que remite a una reflexión sobre la cohesión social.

Sabemos por ejemplo que las redes juegan un papel esencial en la consecución de empleo o de vivienda, en la capacidad de las personas para superar momentos difíciles (enfermedad, desempleo), puesto que en general son una importante urdimbre de la vida social. Para los analistas de las redes sociales, éstas son la traducción concreta y activa de lo que a veces se ha denominado el lazo social (Grossetti, 2002:6).

Teniendo en cuenta la importancia de las relaciones sociales en la inserción resulta necesario considerar de manera más amplia la noción de red.

Las redes sociales

Los medios de intervención utilizan la noción de red en la intervención en el servicio social y en los medios de intervención en general (Born y Lioni, 1996, Dumoulin *et al.*, 2004, Nestmann y Hurrelmann, 1994, Sanicola, 1994) desarrollando una acción en torno a la noción de *case management*, especialmente en psiquiatría y salud mental (Moxley, 1989), pero también al tratar de sacar al interventor de su posición de experto (Alary, 1988, Carpentier, 2000, Dumoulin *et al.*, 2004).

La hipótesis de la ausencia de red social «como factor de riesgo, es de hecho cada vez más utilizada frente a diversas problemáticas» (Charbonneau y Turcotte, 2003). Varios estudios se han interesado en los entornos de las personas de edad (Corin *et al.*, 1983, Delisle y Ouellet, 2002), y la falta de apoyo de los padres y la familia en los estudios sobre el maltrato a los niños «es percibida como una amenaza a la salud física o mental del niño» en algunos de los estudios citados por Charbonneau y Turcotte (2003:4), varios de los cuales tratan sobre el apoyo a jóvenes embarazadas, subrayando de manera especial que los conflictos en la familia de origen y/o con la pareja es lo que más se frecuentemente se menciona (Roy, 2002).

En Charbonneau y Turcotte (2003:5-6) se muestra incluso que el «objetivo de entrar en una red rara vez se alcanza, por varias razones (Charbonneau, 1998, Charbonneau y Molgat, 2002). Sucede que a veces hay rechazo para identificarse

con el grupo, por lo que no hay caso de encontrar amigos ahí. En otros casos, cuando esto se da, no alcanza a durar, dado que las personas carecen de habilidades de relación para, precisamente, mantener relaciones funcionales a largo plazo. Existen por otro lado situaciones personales que no son propicias para la creación de nuevas relaciones (por ejemplo, una pareja muy controladora), o hay quien se considera satisfecho de su red personal, aún si para un observador exterior ésta pone problemas» (Charbonneau, 1998, Charbonneau y Molgat, 2002). El hecho de que las habilidades relacionales deficientes obstaculicen la creación de una red para un joven demuestra la importancia de una inserción social previa a la integración mediante el trabajo (Malenfant *et al.*, 2002, Noreau *et al.*, 1999).

En lo que a nosotros concierne, la problemática de la relación entre la inserción-exclusión y las redes sociales se inscribe directamente dentro de un objetivo que busca ir más allá de las miradas estructural e individual, y en las reflexiones contemporáneas sobre la relación social. Así, algunos estudios consideran la inserción bajo el ángulo de las interacciones o de las relaciones que llevan la mirada a un nivel mesosistémico, lo que obliga un nuevo enfoque epistemológico. Como la mirada relacional se ubica entre la mirada estructural y la individual, no se posa entonces sobre los atributos y sus relaciones con los actores (tratando de predecir o explicar los comportamientos), sino sobre las relaciones entre los actores (Lemieux y Ouimet, 2004). En efecto, «la mayoría de los trabajos en psicología utiliza una conceptualización por atributos individuales (como el sexo, la clase social, etc), como si éstos fueran los componentes básicos de la sociedad. Este enfoque por atributos es en realidad una abstracción de lo que se da en la vida social. La vida social es relacional y sería importante analizarla en estos términos» (Carpentier, 2000:67). Desde esta óptica, «no suponemos que los comportamientos y las acciones están determinados por características personales tales como la edad, el sexo o la profesión, ni que resulten de elecciones individuales independientes de los otros. Por el contrario, pensamos que los comportamientos se construyen en la interacción con los demás y, por lo tanto, que están fuertemente influenciados por las redes de relaciones directas en las que se mueven las personas» (Gorssetti, 2002:5, Lemieux y Ouimet, 2004). Entre los estudios sobre las redes sociales se pueden distinguir dos tradiciones de investigación (Beauregard y Dumont, 1996, Charbonneau, 2004). La primera se inscribe dentro de la tradición del enfoque estructural de las redes sociales (Freeman, 2004) y la segunda, que reagrupa varios tipos de estudios heteróclitos, puede ser llamada bajo el vocablo de enfoque relacional.

El análisis estructural de las redes sociales

El análisis de la red personal de una persona es una corriente analítica importante. Se trata casi siempre, a partir de generadores de nombres³, de preguntarle a una persona, a la que llamaremos *ego*, que cite «a algunas personas conocidas que designe un tipo de relación estable», los *Alters* (Degene y Forsé, 1994:29). Para Degene y Forsé (1994:29), así como para Wellman y Berkowitz (1988:102) algunos conceptos permiten calificar las relaciones dentro de una red personal o red egocéntrica (*personal network o ego network*). Estos conceptos están muy a menudo asociados a la corriente de análisis de las redes que llamamos análisis estructural, la cual se apoya en la teoría de los grafos (Lemieux y Ouimet, 2004)⁴. Al convertir

³ Un generador de nombres es una pregunta que permite hacer una lista de personas que conforman una red.

⁴ El análisis estructural de las redes sociales tiene objetos y métodos diversificados que sobrepasan ampliamente el análisis de una red egocéntrica. A fin de convencerse, ver en especial Freeman (2004).

los datos relacionales en lenguaje matemático, el análisis estructural busca representar, con la ayuda de los grafos, las diferentes relaciones de una red. Además, gracias al desarrollo de las herramientas informáticas que analizan esos datos relacionales, existe ya toda una metodología propia para el análisis estructural de las redes. De hecho, en los estudios con muestras grandes, el análisis en términos de densidad, de centralidad (Degene y Forsé, 1994, Lemieux y Ouimet, 2004), de las «camarillas» o de los círculos sociales informales,

(Debene y Forsé, 1994, Gorssetti, 2002) o en la identificación de vacíos estructurales (Burt, 1995), es necesario el almacenamiento y tratamiento de la información con ayuda de programas especializados. Dado que el análisis estructural ha revelado desde hace varias décadas vínculos entre la estructura de la red y el apoyo que es posible sacar de ello, justamente para favorecer la integración social, nuestro objetivo aquí es el de presentar algunos elementos semánticos útiles para la comprensión del papel de la estructura de las redes en la vida humana.

Larose y Roy (1994:13-14) presentan de manera esquemática algunas dimensiones del corazón mismo de las redes.

Cada red posee su propia estructura (Cohen *et al.*, 1985 en: Larose y Roy, 1994). La estructura de una red remite a su forma, composición y descripción de las relaciones. Por lo general está medida por índices como el tamaño o extensión (número de personas en la red), el estatus de los miembros (por ejemplo, alumnos, padres, vecinos, profesores, etc), la densidad (número de personas en la red que mantienen vínculos entre ellas), la [naturaleza] y la frecuencia de las interacciones (el número de contactos directos o por la relación) y la estabilidad (la duración de los vínculos).

El tamaño de las redes. Para la mayoría de los autores, «las redes más grandes tienen más ventajas frente a las más pequeñas» en la medida en que el mantenimiento de un «mayor número de relaciones aumenta el potencial de acceso a los recursos informales de apoyo». «Una red de gran tamaño permite una diversificación de roles, y aumenta la probabilidad de incluir un número mayor de “modelos” sociales, además de poder movilizar más competencias y recursos. Un número más grande de actores en las redes permite el relevo de tareas y evita así el desgaste de los miembros» (Carpentier, 2000:71-72). En la población en general, algunos estudios muestran que las redes de personas tienen 20 lazos afectivos, incluso si la metodología utilizada tiene una gran influencia en el tamaño de la red (Charbonneau, 2003, Gorssetti, 2002). «Las redes muy pequeñas también presentan problemas. Los individuos con desórdenes psiquiátricos tienen a menudo redes pequeñas, cuyas relaciones son asimétricas, dependientes y muy poco intimistas» (Larose y Roy, 1994). Más aún, «el tamaño restringido de las redes fragiliza la capacidad de influencia, y la salida de un solo actor puede tener un efecto más destabilizador que en el caso de una red más grande» (Carpentier, 2000:72). Para Larose y Roy (1994) una red de gran tamaño no ofrece necesariamente más apoyo. Así, una red demasiado grande puede ser difícil de mantener «porque cuando las ocasiones para reconocerse ya no se dan, los lazos caen en desuso» y «la indiferencia reemplaza las identificaciones pasadas» (Lemieux, 2000:30-31).

La heterogeneidad de los Alters corresponde a la «variedad de relaciones que puede estar ligada a un acceso diferencial a los tipos de recursos». Se trata de analizar entonces la «proporción de los grupos actores: la familia, los profesionales. La familia cercana es la fuente más significativa de apoyo emocional e instrumental» (Carpentier, 2000:73, Fisher, 1982).

Larose y Roy (1994), quienes se han interesado en la transición de la secundaria a la universidad de los jóvenes estudiantes, muestran que los adolescentes tienen una red de apoyo generalmente constituida por pares del mismo sexo y por los padres. Los jóvenes tendrían tendencia a consultar los pares para los problemas de la vida cotidiana y a los padres para las decisiones importantes (elección de carrera). El apoyo de un adulto de referencia que ocupa un puesto de autoridad facilita la transición. Se podría plantear el problema del apoyo a los jóvenes que no tienen más contacto con sus padres.

La multiplexidad. En la literatura anglosajona la noción de *multiplexidad* (*multiplexity*) remite a la explotación simultánea por un ego de varios tipos de relaciones (Degene y Forsé, 1994:59).

La *densidad* corresponde a la relación entre el número de lazos que realmente existe entre los miembros de la red y el número de lazos potenciales entre esos miembros (Godbout y Charbonneau, 1996). Los lazos fuertes contribuyen a una

mayor solidaridad en el grupo. Para Carpentier (2000:73) «una densidad más grande en una red significa que un mayor número de personas se conocen e interactúan entre ellos. Un modo de interacción de gran densidad reduce la diversidad de opiniones, informaciones y tipos de ayuda disponible. Por el contrario, una densidad muy baja no permite coordinar la acción y reduce las capacidades que apoyan a las redes (Wellman, 1983)». «Las redes densas están asociadas a una percepción más fuerte del apoyo social [...] y a un nivel de satisfacción de relaciones sociales más elevado» (Larose y Roy, 1994:15). Los jóvenes creen que el hecho de que las personas de su red se conocen entre sí puede facilitar la eventual ayuda. La densidad jugaría un papel importante para bloquear las consecuencias de eventos estresantes, pero dañaría la integración si los valores que cultivan los miembros de la red van en contra de los del mercado laboral o de la sociedad (Granovetter, 2000).

La frecuencia de los encuentros es importante en el análisis de las redes, en la medida en que entre más se encuentren los miembros del grupo, mejor es la comprensión mutua entre unos y otros (Lemieux, 2000). De este modo, «la frecuencia de encuentros es un elemento que da pie al sentimiento de proximidad y puede asociárselo a la posibilidad de una influencia interpersonal entre dos actores» (Carpentier, 2000:73).

Por encima de los elementos semánticos que permiten comprender la utilidad del análisis estructural es necesario comprender que una «red social coherente es [...] considerada como un conjunto que tiene en cuenta las interacciones tanto de la estructura de las relaciones como del contenido, y que favorece el ejercicio de las funciones de la red» (Carpentier, 2000:67-71). En concordancia con algunos autores (Carpentier, 2000, Charbonneau, 2003, Lévesque, 2000, Wellman, 1983), «nosotros suscribimos esta tendencia, queriendo hacer una distinción conceptual entre las dimensiones funcionales del apoyo y las propiedades estructurales de la red, aunque buscando articular y entender las interacciones entre las redes, su composición y su papel en el apoyo» (Carpentier, 2000:71). Esta distinción es tanto más importante en la medida en que la presencia de recursos o de personas en el entorno de un individuo no significa una necesaria movilización de recursos, «así como la presencia de lazos entre dos personas no siempre equivale a la familiarización del apoyo» (Carpentier, 2000:71). Por ahora adoptaremos la definición de red social de Charbonneau:

La red social se define entonces como el grupo de personas que un individuo va a identificar por sí mismo, en el momento en que se le pregunte, como aquellas con las que él considera tener ciertos vínculos, definidos de hecho de diversas maneras, dado que en la maraña de relaciones que hay entre unos y otros existen lazos que no son de la

misma naturaleza, ni de la misma intensidad, y que ni siquiera tienen las mismas cualidades ni las mismas funciones. Dichos lazos pueden, incluso bajo ciertas condiciones, brindarle por lo tanto al individuo recursos de naturaleza diferente (Charbonneau y Turcotte, 2003:2).

Los enfoques relacionales de las redes sociales

Si, como lo hemos mostrado, el enfoque estructural de las redes sociales ha permitido comprender mejor «la influencia de la red social en los comportamientos y actitudes de los individuos y la accesibilidad, cada vez más evidente, entre la presencia de una red social (de diferentes configuraciones) y la accesibilidad a los recursos sociales, también de diferente naturaleza» (Charbonneau, 2004:1), Tindall y Wellman (2001) subrayan que el enfoque estructural de las redes sociales permite difícilmente comprender el funcionamiento de las redes sociales, la «mecánica» de construcción y deconstrucción del acceso a los recursos y las reglas de funcionamiento en diferentes contextos sociales. Así, «el estudio formal [de la estructura] de las redes no debe en ningún momento confundirse con un estudio de los apoyos al individuo. En efecto, la idea de los apoyos tiende, casi a la inversa, a demostrar hasta qué punto las situaciones, desde el punto de vista de las experiencias individuales, pueden ser, a pesar de su parecido estructural, bien diversas» (Martuccelli, 2002:70). Charbonneau (2004) identifica cuatro tipos de trabajos que se inscriben bajo el nombre de «enfoque relacional» precisando que éste no forma de ninguna manera un paradigma unificado. Los trabajos teóricos y empíricos sobre la circulación de la dote en la familia y entre extraños, los empíricos sobre el apoyo social y sobre los procesos de movilización de recursos en torno a un suceso clave, y los recientes estudios por encuestas contribuyen a enseñarnos «las reglas de funcionamiento de las interacciones sociales y de la circulación de los recursos, así como el doble punto de vista del donante y el receptor». Tendríamos que ver rápidamente entonces algunas contribuciones importantes de esos trabajos. Varios estudios han hecho la relación entre red, apoyo y salud. Así, el apoyo social aparece más como un concepto que engloba el conjunto de procesos de intercambio, tal como Specht (1986, en Nadeau, 2001:42) lo muestra: «el apoyo social es usado de manera más bien general para referirse a una gama extremadamente amplia de interacciones sociales».

Más allá de las nomenclaturas, aparecen dos tipos de apoyo, el apoyo llamado tangible o instrumental, y el apoyo intangible o emotivo, aunque un análisis surgido de esta distinción muestra que un mismo actor puede estar asociado a varios tipos de apoyo (Beauregard y Dumont, 1996). En cuanto a las fuentes de apoyo, el análisis remite a la distinción entre red primaria/informal versus red secundaria/formal. Así, «las redes de relaciones sociales que nosotros llamamos “primarias” son aquellas que se forman sobre una base afectiva o sobre una base de afinidades

entre los individuos, y no sobre la base de relaciones estrictamente funcionales o dirigidas por estructuras sociales formales. Su constitución puede ser facilitada por la existencia de instituciones que contribuyen a poner en contacto unos individuos con otros». A diferencia de las redes primarias, las redes secundarias son «básicamente de naturaleza funcional [...] dependen en un comienzo de la necesidad de obtener un servicio preciso y tienen un aspecto más rígido o más formal que las que se caracterizan por simples relaciones de afinidad». (Guédon, 1980:309-310). Esta distinción es importante para considerar la contribución de las relaciones provenientes de la red natural del joven frente a la de organismos y establecimientos; se la utiliza también en varios estudios que tratan sobre clientelas con dificultades (Dupuis, 2003) y en varios textos con el enfoque de las redes de servicio social (Dumoulin *et al.*, 2004, Sanicola, 1994).

En medicina o en psicología, una red social está correlacionada de manera positiva con el bienestar psicológico y físico. Tal como en el caso de la inserción laboral, la presencia de una red es considerada como un indicador de salud, su ausencia en cambio como un indicador de aislamiento social (Charbonneau y Turcotte, 2003). La composición del hogar familiar está ligado así a la salud y al bienestar (Dupuis, 2003). «La importante influencia de la familia en el encaminamiento escolar de los jóvenes es ampliamente conocida» dado que las familias dan acceso a los recursos materiales y a la motivación (Bourdon *et al.*, 2004). Así mismo, sobre todo en la transición de la adolescencia a la vida adulta, las relaciones con los pares son especialmente importantes, al punto de ver a veces a algunos jóvenes preferir la marginalidad a fin de conservar la pertenencia al grupo (Dupuis, 2003). Más allá de la dimensión objetiva ligada a la estructura de la red, la percepción de la presencia de relaciones sociales en la red de una persona, o del apoyo social recibido o no, es muy importante, llevando incluso a algunos investigadores a decir que es más importante que la dimensión objetiva (Vaux, 1988), aún si la mayoría de estudios se interesan en las características estructurales de la red y su papel de «mediadores en momentos estresantes» (Charbonneau y Turcotte, 2003:3), mostrando también que algunas relaciones sociales son negativas a este respecto (Charbonneau, 2003). Por ejemplo, en un estudio sobre las madres jóvenes en situación de pobreza, «las jóvenes madres que crecieron en familias de acogida o que han vivido en hogares de asistencia especializados también presentan un discurso de ayuda en déficit» y «la ayuda profesional no parece nunca poder reemplazar a la de su madre [...] Tal vez ellas hayan recibido regalos de otras personas diferentes a la familia», pero «dan sin embargo la impresión de no haber recibido nada» (Charbonneau, 2003:173). Los análisis de ese tipo remiten a la dimensión simbólica del apoyo y a la importancia de la reciprocidad en las relaciones (Charbonneau, 2003, Godbout y Charbonneau, 1996). Así, para algunas madres con dificultades, conocidas por Charbonneau (2003:173),

la falta de la familia significa también la ausencia de rituales (*showers*, visitas al hospital, regalos, ceremonias), los cuales enmarcan el apoyo y los regalos, y les dan un sentido de normalidad que hace que la ayuda no sea definida como una respuesta a las necesidades de las personas «en dificultad». Recibir por necesidad, porque no se tiene nada, no reviste de ninguna manera el mismo sentido que recibir durante el largo ciclo de rituales del ciclo de la vida, en el que el nacimiento es de por sí celebrado como un regalo hecho a la familia y a la comunidad, quienes marcan así su reconocimiento con la ofrenda de regalos.

Las redes sociales como eje de una lectura en el paso a la vida adulta

Nuestra concepción de las redes sociales se basa en la visión desarrollada por Martuccelli (2002). Para este autor, los apoyos son «tanto medibles, porque corresponden a las redes o elementos relacionales bien claros y bien reales, como imaginarios, donde los ausentes tienen una fuerza de presencia inaudita, y cuya sombra nos acompaña más de lo imaginado [...] Los apoyos son a la vez redes y dependencias, pero también, a veces, más que eso y otra cosa que redes y dependencias» (Martuccelli, 2002:81).

Más allá de la pertinencia de desarrollar un marco teórico entorno a la dimensión relacional del paso a la vida adulta, la originalidad está en cruzar dimensiones objetivas sobre la configuración de redes a dimensiones subjetivas sobre la manera en que el actor percibe los apoyos que le brinda las relaciones. En un plano comprensivo, se trata por lo tanto de aprehender cómo las relaciones sociales juegan un rol de apoyo entendido a la manera de Martuccelli (2002), en que la cuestión relacional pasa a ser esa manera contemporánea y moderna de convertirse en un individuo, y los apoyos vienen siendo condición necesaria para que un individuo se inserte socialmente. En esto, nuestra problematización teórica responde al marco teórico moderno de la construcción del individuo que considera esta construcción como un proceso «por el cual el individuo, mediante el manejo relacional de sí mismo, (re)construye sin cese su identidad personal, con miras a participar en la vida social» (Bajoit *et al.*, 2000:19).

Dentro de esta perspectiva, se intenta volver a situar al individuo en el centro de sus relaciones aprehendiendo el sentido que éstas tienen para él (Martuccelli, 2002:4).

Para Martuccelli (2002:43), «ser individuo es definirse bajo el incomprensible doble sello de ser soberano de sí mismo y estar separado de los otros». Es el desprendimiento, el cual el mismo individuo moderno se ha obligado a encontrar en los objetos, en los apoyos externos, en las relaciones sociales, es esta «solidez que él no siente más en sí mismo». Al mismo tiempo, la modernidad le abre un espacio de libertad en la medida en que las dependencias se manifiestan bajo

formas más inmediatas y menos personales (Martuccelli, 2002:43-45). Para ser un individuo social moderno hay que producir autonomía, independencia e interdependencia dentro de una lógica de individualización.

De este modo, el contexto de los cambios sociales y económicos ya mencionado induce a una transformación en la manera en que se consigue la individualización; hay «que llegar a mantenerse en un mundo que [...] ya no se contiene tan cerrado como antes», aún si la figura ideal del individuo «dueño y señor de sí mismo» reine todavía (Martuccelli, 2002:44). Así, «se supondría que el individuo, después de cierta disolución de lo colectivo, se constituiría como ser independiente, viéndose obligado entonces a imponerse su propia ley, legitimar por su propio acuerdo el orden colectivo, y singularizarse enfrentándose a los demás gracias al manejo de sí mismo, el medio implícito para lograr expresarse» (Martuccelli, 2002:45).

Si bien el individuo en las sociedades tradicionales estaba enmarcado o «encastrado» por las estructuras sociales, «las dependencias, por el contrario, que atan a los individuos modernos a sus obligaciones sociales, son diversas, originadas a veces de una pluralidad contradictoria de ataduras» (Martuccelli, 2002:47). En este contexto, «ser independiente es disponer de un conjunto diverso de recursos que permitan al individuo seguir siendo dueño de sus lazos sociales» (Martuccelli, 2002:47). El individuo debe «recrear a su alrededor un círculo que le permita filtrar y organizar su vida en medio de relaciones cada vez más numerosas y episódicas» (Martuccelli, 2002:71).

«El problema sociológico inicial del individuo en la condición moderna remite [entonces] ante todo a la manera en que el individuo se tiene, se ha tenido y, en su defecto, a las maneras en que logra tenerse frente a situaciones en las que se ve enfrentado» (Martuccelli, 2002:50). Esta cuestión de los apoyos es incluso más apremiante en el caso de los jóvenes. Para Bidart (2002:6), el paso de la adolescencia a la vida adulta corresponde por lo tanto en «mutaciones biográficas casi siempre conjugadas (dejar el medio escolar, la familia, la ciudad a veces) que no tienen equivalente» más adelante en la vida. Por otro lado, para algunos jóvenes en medios substitutos, dejar definitivamente el centro juvenil quiere decir también dejar su única familia y la casa que se tuvo. (Goyette, 2003). Además, de un marco conceptual que trate sobre las redes, una de las perspectivas teóricas importantes quiere situar analíticamente a la juventud a través del ciclo de vida de los individuos, dado que el paso a la vida adulta es el elemento central, de acuerdo con los análisis de Galland (1991) y de Coles (1995). Para Coles (1995) existen 3 transiciones que marcan el paso de la vida del adolescente a la del adulto autónomo: la transición del colegio al trabajo, la de la familia de origen a su nueva familia, y la de la vivienda de sus padres a una vivienda independiente. En esos análisis, él utiliza estas tres líneas de carreras (*career lines*) para comprender los diferentes cambios

los cuales, en los años noventa, han hecho más difícil ese paso a la vida adulta en la sociedad. Busca demostrar que estas transiciones son importantes y juegan de manera interdependiente. Más aún, a partir de esas transiciones nos será posible considerar cómo las relaciones sociales facilitan el paso a la vida adulta incluso si, para los jóvenes en transición de un medio sustituto, dichas transiciones, en especial la de la ruptura con el medio familiar, se dieron de manera diferente de las de la juventud en general.

Bibliografía

Alary, J. 1988. *Solidarités. Pratiques de recherches-action et de prise en charge par le milieu*. Montréal. Boréal.

Assogba, Y. 2000. *Insertion des jeunes, organisation communautaire et société. L'expérience fondatrice des Carrefours jeunesse-emploi au Québec*. Sainte-Foy. Presses de l'Université du Québec.

Autès, M. 1999. *Les paradoxes du travail social*. Paris. Dunod.

Bajoit, G., Digneffe, F., Jaspard, J.-M., et Nolet De Brauwere, Q. (Éds). 2000. *Jeunesse et société. La socialisation des jeunes dans un monde en mutation*, 1^{ère} édition. Bruxelles. De Boeck & Larcier.

Beauregard, L., et Dumont, S. 1996. «La mesure du soutien social». *Service social*, Vol.45, (3), pp.55-76.

Bernard, P. 1999. «La cohésion sociale: critique dialectique d'un quasi-concept». *Lien social et politiques - RLAC*, Vol.41, (81), pp.47-60.

Bidart, C. 2002. *La construction de l'insertion socioprofessionnelle des jeunes à l'épreuve du temps. Une enquête longitudinale*, Marseille. Laboratoire d'Économie et de sociologie du Travail.

Blondin, S., Lemieux, G., et Fournier, L. 2001. *Emploi atypique et précarité chez les jeunes*. Québec. Conseil permanent de la jeunesse.

Boismenu, G. 1991. «Le réaménagement de la régulation technicienne de l'État». dans: *La recomposition du politique*, sous la direction de: Louis Maheu et Arnaud Sales. Montréal. Presses de l'Université de Montréal. PUM.

Boismenu, G., et Noël, A. 1995. «La restructuration de la protection sociale en Amérique du Nord et en Europe». *Cahiers de recherche sociologique*, Vol.(24):49-87.

Born, M., et Lioni, A., -M. 1996. *Familles pauvres et intervention en réseau*. Paris. L'Harmattan.

Boulte, P. 1995. *Individus en friche. Essai sur l'exclusion*. Paris. Desclée de Brouwer.

Bourdon, S., Roy, S., et avec la collaboration de Patricia Dionne et Marie-Hélène Leclerc. 2004. *Le plaisir d'apprendre. J'embarque quand ça me ressemble. Inspirer de nouveaux environnements éducatifs. Cadre andragogique pour les services de formation et d'accompagnement adaptés visant les décrocheuses et les décrocheurs scolaire ou faiblement scolarisés de 16 à 24 ans*, Québec. Ministère de l'éducation. Gouvernement du Québec.

Burt, R.S. 1995. «Capital social et trous structuraux». *Revue française de sociologie*, Vol.36:599-628.

Canada. 1998. *Investir dans nos enfants: idées à retenir*. Développement des ressources humaines Canada (DRHC).

Carpentier, N. 2000. *L'influence des réseaux familiaux sur les trajectoires de personnes présentant des troubles psychiatriques sévères*. Montréal. Thèse de doctorat. Département de sociologie. Université de Montréal.

Carpentier, N. 2000. *L'influence des réseaux familiaux sur les trajectoires de personnes présentant des troubles psychiatriques sévères*. Montréal. Thèse de doctorat. Département de sociologie. Université de Montréal.

Castel, R. 1994. «La dynamique des processus de marginalisation: de la vulnérabilité à la désaffiliation». *Cahiers de recherche sociologique*, Vol.22:11-28.

Castel, R. 1995. *Les métamorphoses de la question sociale: une chronique du salariat*. Paris. Fayard.

Castel, R. 2003a. «Des individus sans supports». 51-62 dans: *Agir en situation de vulnérabilité*, sous la direction de: Vivianne Châtel et M.-H. Soulet. Sainte Foy.

Castel, R. 2003b. *L'insécurité sociale. Qu'est-ce qu'être protégé?* Paris. Seuil.

Charbonneau, J. 1998. «Lien social et communauté locale: quelques questions préalables». *Lien social et politiques*, Vol.(39):115-126.

Charbonneau, J. 2003. *Adolescentes et mères. Histoires de maternité précoce et soutien du réseau social*. Saint-Nicolas. PUL.

Charbonneau, J., 2004. *Les réseaux sociaux: l'approche relationnelle*, Communication présentée au «Projet sur les politiques. Atelier d'experts sur la mesure du capital social». Juin 2004.

Charbonneau, J., et Molgat, M. 2002. *Le Réseau des Petites Avenues*, Montréal. Observatoire Jeunes et Société. Rapport d'évaluation.

Charbonneau, J., et Turcotte, M. 2003. *Enquête socio-économique et de santé intégrée et longitudinale (ESSIL). Les réseaux sociaux et la famille. Synthèse des travaux et propositions pour l'enquête.*, Document inédit. Rapport remis au groupe ESSIL.

Chassard, Y., et Venturi, P. 1995. «Les systèmes européens: diversités et convergences?» *Projet*, Vol.(242):45-55.

Châtel, V. 2003. «Agir en situation de vulnérabilité: un essai de problématisation». 1-28 dans: *Agir en situation de vulnérabilité*, sous la direction de: Vivianne Châtel et M.-H. Soulet. Sainte Foy. PUL.

Châtel, V., et Soulet, M.-H. 2001. «L'exclusion, la vitalité d'une thématique usée». *Sociologie et société*, Vol.XXXIII, (2):175-202.

Coles, B. 1995. *Youth and Social Policy: Youth Citizenship and Young Careers*. London. UCL Press.

- Comeau, Y. 2000. «L'insertion de jeunes adultes par l'économique: les expérimentations du mouvement associatif» 125-142 dans: *L'insertion socioprofessionnelle. Un jeu de stratégie ou un jeu de hasard?*, sous la direction de: Geneviève Fournier et Marcel Monette. Saint-Nicolas. Les Presses de l'Université Laval. CRIEVAT.
- Corin, E., Sherif, T., et Bergeron, L. 1983. *Le fonctionnement des systèmes de support naturel des personnes âgées*. Sainte-Foy. Laboratoire de gérontologie. Université Laval.
- Dandurand, R., B., et Ouellette, F.-R. 1992. *Entre autonomie et solidarité. Parenté et soutien dans la vie de jeunes familles montréalaises*, Montréal. INRS-Urbanisation, Culture et Société. Institut national de la recherche scientifique. Université du Québec. Rapport de recherche présenté au Conseil québécois de la recherche sociale.
- de Gaulejac, V., et Taboada-Léonetti, I. 1994. *La lutte des places*. Paris. Desclée de Brouwer.
- Degene, A., et Forsé, M. 1994. *Les réseaux sociaux*. Paris. Armand Colin.
- Delisle, M.-A., et Ouellet, H. 2002. *Les «vieux copains»... et leur santé*. Sainte-Foy. PUL.
- Dubar, C. 1991. *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*. Paris. Armand Collin.
- Dumoulin, P., Dumont, R., Bross, N., et Masclat, G. (Éds). 2004. *Travailler en réseau. Méthodes et pratiques en intervention sociale*, Paris. Dunod.
- Dupuis, S. 2003. *Le capital social de la communauté de Val D'or au regard des problématiques jeunesse*. Rouyn-Noranda. Régie régionale de la santé et des services sociaux de l'Abitibi-Témiscamingue.
- Esping-Anderson, G. 1990. *The Three Worlds of Welfare Capitalism* Cambridge.
- Esping-Anderson, G. 1996. *Welfare States in Transition. National Adaptations in Global Economies*. Londres. Sage.
- Fisher, C.S. 1982. *To Dwell Among Friends. Personal Network in Town and City*. Chicago. University of Chicago Press.
- Fortin, A., et avec la collaboration de Denys Delage, J.-D.D., Lynda Fortin. 1987. *Histoires de familles et de réseaux. La sociabilité au Québec d'hier à demain*, Les Éditions Saint-Martin. Montréal.
- Fournier, G., Béji, K., et Croteau, L. 2002. «Évolution de la situation d'insertion socioprofessionnelle de jeunes diplômés au cours des cinq premières années sur le marché du travail» 47-70 dans: *Ruptures, segmentations et mutations du marché du travail*, sous la direction de: Diane-Gabrielle Tremblay et Lucie France Dagenais. Sainte-Foy. Presses de l'Université du Québec.
- Fournier, G., et Monette, M. 2000. «Les diplômés et l'insertion socioprofessionnelle: résignation déguisée ou adaptation saine à un marché du travail insensé». 1-36 dans: *L'insertion socioprofessionnelle. Un jeu de stratégie ou un jeu de hasard?*, sous la direction de: Geneviève Fournier et Marcel Monette. Saint-Nicolas. Les Presses de l'Université Laval. CRIEVAT.

- Freeman, L.C. 2004. *The Development of Social Network Analysis. A Study in the Sociology of Science*. Vancouver. Empirical Press.
- Galland, O. 1991. *Sociologie de la jeunesse. L'entrée dans la vie adulte*. Paris. Armand Collin.
- Gauthier, M. 1994. «Entre l'excentricité et l'exclusion: les marges comme révélateur de la société». *Sociologie et Sociétés*, Vol.XXVI, (2):177-188.
- Gauthier, M. 1996. «Précaires, un jour...? ou quelques questions à propos de l'avenir des jeunes contemporains». *Sociologie et Sociétés*, Vol.XXVIII, (1):135-146.
- Gauthier, M. 2000. «L'âge des jeunes: un fait social instable». *Lien social et politiques- RIAC*, Vol.43:23-33.
- Gauthier, M. 2001. «La recherche sur les jeunes au Canada» 11-20 dans: *La recherche sur les jeunes et la sociologie au Canada*, sous la direction de: Madeleine Gauthier et Diane Pacom. Sainte-Foy. Les Presses de l'Université Laval.
- Giddens, A. 1987. *La constitution de la société*. Paris. PUF: Presses Universitaires de France.
- Girard, M.-C. 2002. *Les jeunes chômeurs et leurs réseaux: une stratégie efficace, une efficacité relative*. Montréal. Thèse de doctorat. Département de sociologie. Université du Québec à Montréal.
- Godbout, J.T., et Charbonneau, J. 1996. *La circulation du don dans la parenté: Une roue qui tourne*. Montréal. Institut national de la recherche scientifique (INRS-Urbanisation).
- Goyette, M. 2003. *Portrait des interventions visant la préparation à la vie autonome et l'insertion socioprofessionnelle pour les jeunes des centres jeunesse du Québec*. Montréal. Association des centres jeunesse du Québec.
- Goyette, M. 2004. *Réseaux sociaux, supports et insertion sociale de jeunes en difficulté*, Examen de doctorat 2: volet prospectif, École de service social, Université Laval, Québec.
- Goyette, M., Bellot, C., et Panet-Raymond, J. 2004. «L'insertion socioprofessionnelle des jeunes en difficulté. Vers de nouvelles interventions ?» 191-212 dans: *Au-delà du système pénal. L'intégration sociale et professionnelle des groupes judiciarisés et marginalisés*, sous la direction de: Jean Poupard. Sainte-Foy. PUQ.
- Granovetter, M.S. 1973. «The Strength of Weak ties». *American Journal of Sociology*, Vol. 78 (6):1360-1380.
- Granovetter, M.S. 2000. *Le marché autrement. Essais de Mark Granovetter*. Paris. Desclée de Brouwer.
- Grossetti, M. 2002. *Relations sociales, espace et mobilités*. Toulouse. Université de Toulouse-Mirail.
- Groulx, L.H. 1993. *Le travail social : analyse et évolution, débats et enjeux*. Laval. Editions Agence d'ARC.
- Guédon, M.-C. 1980. «Le champ d'intervention: réseaux primaires et institutions sociales». *Service social*, Vol.29, (3):304-313.

- Institut de la statistique du Québec. 1999. *Statistiques régionales rassemblées pour le Sommet du Québec et de la Jeunesse*. Québec.
- Jaminon, C. 2001. «Regards sociologiques». 21-34 dans: *L'insertion: défi pour l'analyse, enjeu pour l'action*, sous la direction de: Georges Liénard. Sprimont, Belgique. Pierre Mardaga éditeur.
- Join-Lambert, M.-T. 1994. *Les politiques sociales*. Paris. Dalloz.
- Klein, J.-K., et Lévesque, B. 1995. *Contre l'exclusion, Repenser l'économie*. Montréal. Presses de l'Université du Québec.
- Kokoreff, M. 1996. «Jeunes et espaces urbains. Bilan des recherches en France, 1977-1994». *Sociologie et sociétés*, Vol. XXVIII, (1):159-176.
- Larivière, C. 1988. «Les discours sur la prise en charge par le milieu». 13-87 dans: *Solidarités. Pratiques de recherches-action et de prise en charge par le milieu*, sous la direction de: J. Alary. Montréal. Boréal.
- Larose, S., et Roy, R. 1994. *Le réseau social: un soutien potentiel à la transition secondaire-collégial*. Sainte-Foy. Cégep de Sainte-Foy.
- Le Bossé, Y. 2000. «Intégration socioprofessionnelle des adultes et pouvoir d'agir: devenir des compagnons de projets». 143-184 dans: *L'insertion socioprofessionnelle. Un jeu de stratégie ou un jeu de hasard?*, sous la direction de: Geneviève Fournier et Marcel Monette. Saint-Nicolas. Les Presses de l'Université Laval. CRIEVAT.
- Lecomte, R. 2000. «La nature du travail social contemporain». 17-35 dans: *Introduction au travail social*, sous la direction de: Jean-Pierre Deslauriers et Yves Hurtubise. Saint-Nicolas. Les Presses de l'Université Laval.
- Lemieux, V. 2000. *À quoi servent les réseaux sociaux ?* Sainte-Foy. Éditions IQRC.
- Lemieux, V., et Ouimet, M. 2004. *L'analyse structurale des réseaux sociaux*. Sainte-Foy. PUL.
- Lévesque, M. 2000. *Le capital social comme forme sociale de capital: reconstruction d'un quasi-concept et application à l'analyse de la sortie de l'aide-sociale*. Montréal. Université de Montréal. Thèse présentée à la faculté des études supérieures en vue de l'obtention du grade de Philosophie Docteur en sociologie.
- Lin, N. 1995. «Les ressources sociales : une théorie du capital social». *Revue Française de Sociologie*, Vol.(36):685-701.
- Malenfant, R., LaRue, A., Vézina, M., April, M., et Parent, A.-A. 2002. *L'intégration durable en emploi dans la mouvance du marché du travail*, Québec. CLSC-CHSLD Haute-Ville-Des-Rivières.
- Martuccelli, D. 2002. *Grammaire de l'individu*. Paris. Éditions Gallimard.
- Mayer, R. 2002. *Évolution des pratiques en service social*. Boucherville. Gaëtan Motin Éditeur.
- Molgat, M. 1999. «De l'intégration à l'insertion...Quelle direction pour la sociologie de la jeunesse au Québec?». 77-94 dans: *Définir la jeunesse? D'un bout à l'autre du monde*, sous la direction de: Madeleine Gauthier et Jean-François Guillaume. Sainte-Foy. Les Éditions de l'IQRC.

Morel, S. 2000. *Les logiques de la réciprocité*. Paris, France. PUF: Les Presses Universitaires de France.

Moxley, D.P. 1989. *The practice of Case Management*. Newbury Park. Sage.

Nadeau, J., 2001. *L'utilisation du soutien social par les policiers-patrouilleurs vivant du stress chronique au travail*, Mémoire de maîtrise, Faculté des études supérieures. École de service social. Faculté des sciences sociales, Université Laval, Québec,

Nestmann, F., et Hurrelmann. 1994. *Social Networks and Social Support in Childhood and Adolescence*. New York. De Gruyter.

Nicole-Drancourt, C., et Roulleau-Berger, L. 1995. *L'insertion des jeunes en France*. Paris. PUF.

Noreau, P., Dugré, S., Baron, M., Langlois, D., et Guillemette, D. 1999. *L'insertion sociale et l'intégration professionnelle des jeunes en Abitibi-Témiscamingue*. Abitibi-Témiscamingue. CRDAT. Conseil régional de développement de l'Abitibi-Témiscamingue.

Panet-Raymond, J., Bellot, C., et Martin, G. 2003. *Le développement de pratiques partenariales favorisant l'insertion socioprofessionnelle des jeunes: l'évaluation du Projet Solidarité Jeunesse*. Montréal. Rapport présenté au Ministère de l'Emploi et de la Solidarité sociale et au Fonds québécois de la recherche sur la société et la culture.

Paugam, S. 1991. *La disqualification sociale: essai sur une nouvelle pauvreté*. Paris. PUF: Les Presses Universitaires de France.

Paugam, S. 1996. *L'exclusion, l'état des savoirs*. Paris. La découverte.

Paugam, S. 2000. «L'exclusion: usages sociaux et apports de la recherche» dans: *La sociologie française contemporaine*, sous la direction de: Paris. PUF.

Procacci, G. 2003. «Exclusion et revendication citoyenne». 99-112 dans: *Agir en situation de vulnérabilité*, sous la direction de: Vivianne Châtel et M.-H. Soulet. Sainte-Foy. PUL.

Rees, A. 1966. «Labor Economics: Effects of More Knowledge. Information Networks in Labor Market». *American Economic Review*, Vol.(25):479-195.

René, J.F., Goyette, M., Bellot, C., Dallaire, N., et Panet-Raymond, J. 2001. «L'insertion socioprofessionnelle des jeunes: le prisme du partenariat comme catalyseur de la responsabilité». *Lien social et Politiques-RIAC*, Vol.(46):125-140.

Rosanvallon, P. 1992. *La crise de l'État-providence*. Paris. Seuil.

Rosanvallon, P. 1995. *La nouvelle question sociale: Repenser l'État-Providence*. Paris. Seuil.

Rose, J. 2000. «Les jeunes et l'emploi: questions conceptuelles et méthodologiques» 83-116 dans: *L'insertion socioprofessionnelle. Un jeu de stratégie ou un jeu de hasard?*, sous la direction de: Geneviève Fournier et Marcel Monette. Saint-Nicolas. Les Presses de l'Université Laval. CRIEVAT.

Roulleau-Berger, L., et Gauthier, M. 2001. *Les jeunes et l'emploi dans les villes d'Europe et d'Amérique du Nord*. Paris. Éditions de l'aube.

Roy, C. 2002. *Influence du soutien social et du stress sur le comportement maternel d'adolescentes en interaction avec leur enfant de 24 mois: une analyse longitudinale et transactionnelle*, Thèse de doctorat, École de service social, Université de Montréal, Montréal,

Sanicola, L. 1994. *L'intervention réseaux*. Paris. Bayard.

Simon, D.A., et Warner, J.T. 1992. «Matchmaker, Matchmaker: The Effect of Old Boy Networks on Job Match Quality, Earnings and Tenure». *Journal of Labor Economics*, Vol.10, (3):306-329.

Spain, A., Bédard, L., et Paiement, L. 2000. «Le travail au féminin: normalité ou marginalité». 139-158 dans: *Les 18 à 30 ans et le marché du travail. Quand la marge devient la norme*, sous la direction de: Geneviève Fournier, Bruno Bourassa et collaboration spéciale Antoine Baby et Yvon Pépin. Saint-Nicolas. Les Presses de L'Université Laval. CRIEVAT.

Tessier, C. 2000. «Jeunes et jeunes femmes: reconnaître la marge, dénoncer la norme». 201-216 dans: *Les 18 à 30 ans et le marché du travail. Quand la marge devient la norme*, sous la direction de: Geneviève Fournier, Bruno Bourassa et collaboration spéciale Antoine Baby et Yvon Pépin. Saint-Nicolas. Les Presses de L'Université Laval. CRIEVAT.

Thomas, H. 1997. *La production des exclus*. Paris. PUF.

Tindall, D.B., et Wellman, B. 2001. «Canada as Social Structure: Social Network Analysis and Canadian Sociology». *Canadian Journal of Sociology*, Vol.26, (3),

Trottier, C. 2000. «Questionnement sur l'insertion professionnelle des jeunes». *Lien social et politiques - RIAC*, Vol.(43):93-102.

Vaux, A. 1988. *Social Support, Theory, Research and Intervention*. New York. Praeger.

Wellman, B. (1983). «Network Analysis: Some Basic Principles». *Sociological Theory*, Vol.(1):155-200.

Wellman, B., et Berkowitz, D. (Éds). 1988. *Social structures: a network approach*, New York. Cambridge University Press.

White, D. 1994. «La gestion communautaire de l'exclusion». *Lien social et politiques - RIAC*, Vol.32, (automne):37-50.